

Durán López, Fernando. *Juicio y chirinola de los astros. Panorama literario de los almanaques y pronósticos astrológicos españoles (1700-1767)*. Gijón, Ediciones Trea, 2015.

Era un tópico en la prolífica literatura de almanaques que produjo nuestro Siglo de las Luces el quejarse chuscamente precisamente acerca de la cantidad de almanaques que fatigaba las imprentas de la época. Y, ciertamente, la hueste de pronósticos astrológicos dieciochescos no solo estuvo bien nutrida, sino que además produjo autores excepcionales. Es el caso de Diego de Torres Villarroel, escritor que destacó en el género y que contribuyó a su evolución de una manera excepcional en la historia literaria. Sin embargo, hasta ahora esta literatura almanquera ha gozado de bien poca fortuna crítica, debido en parte a la perplejidad que produce en los estudiosos el florecimiento de tales oscuridades —pues como tales las ven— en medio del siglo ilustrado. Las pocas explicaciones de este fenómeno que han avanzado los críticos giran en torno a la idea de la divulgación científica, tesis claramente insatisfactoria incluso para aquellos lectores que solo conozcan los almanaques que han pasado —de alguna manera— al canon literario, los de Torres Villarroel, cuyo estilo deslenguado y predilección por la ficción los aleja aparentemente de semejantes e ilustrados propósitos. El fenómeno se revela, pues, complejo, y además tiene un claro paralelo en otras tradiciones europeas del momento —francesas, italianas, inglesas, norteamericanas—. Por ello, resulta evidente que necesitamos un estudio sistemático de este curioso corpus con el fin de llegar a una comprensión satisfactoria de su funcionamiento y, en general, de su papel en el gusto de la época.

Es la benemérita tarea que emprende con mucha modestia pero con ingente disciplina y tino Fernando Durán López, experto en lides dieciochescas y decimonónicas al que debemos un buen número de trabajos extraordinarios. Lo hace precisamente en el libro que nos ocupa, *Juicio y chirinola de los astros. Panorama literario de los almanaques y pronósticos astrológicos españoles (1700-1767)*, que se cuenta entre lo mejor de su producción, gracias a su clarividencia, rigor, erudición y refrescante amenidad de estilo.

Durán López comienza describiendo su corpus y justificando los límites que lo componen, que resultan sumamente lógicos: comienza con el siglo para poder evaluar el impacto en el género de Torres Villarroel, el escritor más destacado, pues el salmantino solo entró en escena en el mundo de los pronósticos con su contribución de 1719; termina en 1767 porque es el año de una prohibición que marcó un hito en el género: el pronóstico que publicó Torres Villarroel

en 1766 se leyó como una predicción del motín de Esquilache, lo que hizo que las autoridades intervinieran y pusieran momentáneo coto al bullicio de los pronósticos. En cuanto a las intenciones del libro, Durán López se propone establecer una taxonomía de los pronósticos de la época, tanto en lo relativo a su contenido y línea genérica como en lo referente a su disposición, investigando cómo un género nacido dentro del discurso astrológico pudo llegar a la variedad que alcanzó en época de Torres Villarroel.

Para ello, el autor comienza estudiando los orígenes del género en los siglos XVI y XVII, es decir, lo que denomina el «modelo básico»: el estandarizado almanaque astrológico previo al siglo XVIII. Se trata de un modelo sencillo que incluía un juicio astrológico del año, una serie de cálculos cronológicos (el número cardinal del año desde la creación del mundo, desde el diluvio, desde la fundación de Roma, etc.) y las fiestas móviles, así como un diario de los cuartos de luna. A esto se añadía un pronóstico climático y uno con predicciones políticas y conjunciones planetarias, amén de una cada vez más frecuente y convencional defensa de la astrología que solía aparecer en la materia preliminar del volumen. El formato inicial de estos libritos fue el cuarto, aunque al llegar al XVIII este modelo había pasado ya al octavo, el usual en el siglo que nos ocupa. Durán López ejemplifica la evolución del género estudiando dieciséis pronósticos del XVII, para luego centrarse en lo que llama el «modelo extendido», un almanaque que incluye todas las secciones del básico pero que las complementa con prólogos, un juicio del año de mayor amplitud y ambición y, sobre todo, un estilo sublime y misterioso. Este tipo de almanaque aparece en Italia y llega a España con los *Sarrabales*, es decir, los seguidores del almanaque universal *Gran Pescatore di Chiaravalle*, que en nuestro país se convierte en el *Gran Piscator de Sarrabal de Milán*. Estos almanaques de modelo extendido, con formato en octavo y unas 50-70 páginas, serán los habituales hasta la aparición de Torres Villarroel y destacan por el tipo de defensas de la astrología que contienen, que se inclinan a menudo por tomar la otrora ciencia como una «mentirijilla tan vulgar como inocua» y que, por tanto, «encauzan su sentido al territorio de lo ameno, y no tanto al de lo verdadero» (pág. 34). Se trata de un camino que Durán López estudia fijándose en diversos pronósticos de comienzos de siglo (el *Nuevo Atlante Español*, el *Gran Gottardo español*, *El jardinero de los planetas*, etc.), lo que le lleva a explicar cuál es la pauta del género antes de la aparición de Torres:

Lo relevante en el modelo extendido es convertir el juicio del año en un texto más ambicioso desde el punto de vista del lenguaje, y añadir a los cuartos de luna vaticinios más extensos. El uso de poemas, sea aforísticos sea de puro ingenio, es

otra novedad incipiente, así como el libre vuelo de dedicatorias, prólogos y aprobaciones (pág. 43).

Torres desarrollará este modelo con un «exuberante almanaque literaturizado, abigarrado recipiente de personajes, sueños, alegorías, micronarraciones, cuadros descriptivos, poemas enigmáticos o satíricos, refranes, acertijos...» (pág. 43), que se convierte en uno de los tres caminos principales del almanaque del XVIII (el literario), al que acompañan, en otros autores, el didáctico o el de guía de visitantes de la corte, que podemos entender como una variedad específica del almanaque didáctico.

Durán López dedica todo un capítulo al modelo de Torres, su *Gran Piscator de Salamanca*, que constituye un hito en el género por desarrollar la tendencia literaria que hemos reseñado. Nuestro autor analiza las innovaciones de Torres y las resume en siete puntos centrales: 1) «la expansión del tamaño, estilo y funciones de la dedicatoria y el prólogo» (pág. 45), que adquieren un estilo burlón y jactancioso al que luego haremos referencia; 2) la adición de un título y una introducción; 3) la construcción del volumen buscando una unidad que vertebrase los textos, cualidad que muchas veces Torres consigue gracias a los mencionados título e introducción, que en muchas ocasiones funcionan como una ficción dentro de la que se inserta el almanaque; 4) el uso amplio del verso; 5) la eliminación del bloque misceláneo, pues Torres no favorecía el tipo de almanaque didáctico que usaba esta sección; 6) el «estilo perdulario» (pág. 47), chulesco, jactancioso y burlón que constituye una de las señas de identidad de Torres. El impacto de este modelo fue enorme, lo que explica que aparecieran diversos imitadores de Torres, muchos durante su exilio de los años 30, que fomentó la ambición de ocupar su puesto en el mercado literario. Durán López estudia estos seguidores e imitadores de Torres (Francisco León y Ortega, Gómez Arias, Tomás Martín, Francisco Martínez Molés, etc.) en un capítulo erudito, claro y ameno, como es habitual en el libro.

A continuación, el autor examina los *piscatores* que continuaron el modelo de Torres siguiendo sus pautas, esto es, reducir la materia astrológica y aumentar los contenidos literarios (poesía, ficción, etc.). Esta tendencia creó lo que el autor llama el «modelo literario extremo», modelo que, pese a ser tal, nunca abandona del todo las secciones y funciones tradicionales del almanaque. En un polo opuesto se encontraría lo que Durán López denomina el «modelo didáctico», es decir, aquellos almanaques que incluyen información miscelánea de índole divulgativa y sobre las más diversas materias (astrológicas, geográficas, médicas, históricas). El autor nota el contraste de estilo entre estos almanaques y los literarios, pues en los didácticos no solo falta el estro lenguaraz de Torres,

sino también el estilo sublime y misterioso que era característico de las predicciones desde comienzos de siglo. Son almanaques muy diferentes del modelo de Torres en los que

[...] las secciones fijas pierden relieve o se desjudicializan, mientras que las informativas se dilatan, aumentan su ambición intelectual, varían de año en año y ganan protagonismo y visibilidad en los títulos. Por esta vía se producen volúmenes más extensos, de hasta cien páginas, que en punto de estilo se abaten a una prosa más moderna, sobria, sin lirismos ni afectaciones de misterio. No usan coplas, y pocas veces recurren a ficciones introductorias (pág. 91).

Hacia mediados de siglo, este modelo llevará al extremo del *Sarrabal* de José Patricio Moraleja, «un calendario sin apenas astrología» (pág. 98) que es el que mejor puede justificar la mencionada tesis del valor divulgativo e ilustrador de los almanaques dieciochescos, aunque, como veremos abajo, esta hipótesis no se sostiene con las cifras y análisis que aporta el volumen que nos ocupa.

Por último, Durán López analiza los almanaques híbridos, antes de entrar en una sección de conclusiones en la que hace un uso muy clarificador y muy juicioso de las tablas. Con él, muestra meridianamente la enorme popularidad del modelo literario (más de la mitad del total de almanaques del siglo), e incluso el éxito del modelo literario extremo. Además, destaca el auge de los almanaques didácticos en la década de 1750, amén de la importancia de la aparición de Torres Villarroel, que cambió el modo de hacer pronósticos en España. Son datos que demuestran que el almanaque dieciochesco siguió derroteros en su inmensa mayoría alejados de la divulgación científica que tan típica del siglo ilustrado nos parece.

En suma, resulta evidente que estamos ante un libro extraordinario, porque Durán López consigue reunir una serie de virtudes que rara vez se encuentran juntas en una monografía. Para empezar, el rigor es absoluto: el autor domina de manera maravillosa el campo, maneja una bibliografía inmensa (y en gran parte desconocida), justifica lógicamente todas sus decisiones metodológicas y consigue resultados de importancia para comprender nuestro siglo XVIII. Además, el libro es diáfano, con una lógica fluida y una prosa clara que ya querrían para sí los autores (y los lectores) de algunas monografías académicas en el campo de la historia de la literatura. Por último, y sin embargo, esa claridad no va reñida con un gracejo sabroso que se concentra especialmente en la introducción, pero que se paladea a lo largo de todo el volumen. En suma, es un libro admirable y envidiable, un estudio imprescindible para acercarnos a los almanaques y pronósticos, e incluso un modelo para aquellos que emprendan tareas pareci-

das con otros géneros o subgéneros. Ojalá todos ellos pudieran beneficiarse del trabajo de un autor como Durán López; ojalá fuera ilimitado el tiempo de que dispone este estudioso... Mientras suspiramos por estos imposibles, gozamos en todo caso de esta joya, que recomendamos sin reservas a todos los lectores interesados en la historia de la cultura y literatura de la España moderna.

ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ